

CONCIENCIA ECOLÓGICA Y PAISAJE LITERARIO

JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Los más importantes tratados firmados con el objetivo de proteger la diversidad patrimonial de la humanidad no incorporaron de forma explícita y diferenciada legislación alguna relativa al paisaje hasta que en la Resolución 256 de la 3ª Conferencia de las Regiones Mediterráneas de 1994 se solicitó que se celebrara una convención para la gestión y protección de los paisajes naturales y culturales del conjunto de Europa. Hasta entonces, la legislación sobre el paisaje se hallaba en el ámbito de la legislación sobre el medio ambiente.¹

Con los objetivos de la Resolución 256 en la palestra, los Estados europeos se reunieron en Florencia en la Convención de Paisaje del año 2000 y en ella se declararon partícipes del espíritu “que inspira los textos jurídicos existentes a nivel internacional en cuanto se refiere a la protección y la gestión del patrimonio natural y cultural, a la ordenación del territorio, a la autonomía local y a la cooperación transfronteriza, [...] reconocieron que la calidad y la diversidad de los paisajes europeos constituyen un recurso común para cuya protección, gestión y ordenación es conveniente cooperar, manifestaron su deseo de instituir un instrumento nuevo consagrado exclusivamente a la protección, la gestión y la ordenación de todos los paisajes europeos [y, preocupados] por lograr un desarrollo sostenible basado en el equilibrio armónico

1 La Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural (París, 16 de noviembre de 1972), la Convención para la Salvaguardia de la Vida Silvestre y del Medio Natural de Europa (Berna, 19 de septiembre de 1979), la Convención Europea sobre la Cooperación Transfronteriza de las Colectividades o Autoridades Territoriales (Madrid, 21 de mayo de 1980), la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Arquitectónico de Europa (Granada, 3 de octubre de 1985), la Convención Europea para la Protección del Patrimonio Arquológico (La Valetta, 16 de enero de 1992), la Convención sobre la Diversidad Biológica (Río de Janciro, 5 de junio de 1992), la Convención sobre el Acceso a la Información, la Participación Pública en los Procesos de Decisión y el Acceso a la Justicia en Relación con el Medioambiente (Aarhus, 25 de junio de 1998).

entre las necesidades [humanas], la economía y el medio ambiente; [acordaron un concepto de paisaje que no sólo lo contempla como] un recurso favorable para la actividad económica [que contribuye] a la creación de empleo” sino también en sus dimensiones cultural, ecológica, medioambiental y social.² En Florencia se consolidó la idea de que es imprescindible la creación de una legislación que dé al paisaje una existencia jurídica que permita a la Unión Europea intervenir en las actividades que aceleran la transformación del paisaje en sus vertientes natural y cultural: la evolución de las técnicas de producción agrícola, ganadera, silvícola, industrial y minera, y las prácticas de ordenación del territorio, del urbanismo, del transporte, de las infraestructuras, del turismo y del tiempo libre.

La capitalización de todos los órdenes de la vida, desde los materiales a los espirituales, es un grave obstáculo para la consecución de un concepto jurídico de paisaje que permita la actuación legal efectiva y la salvaguarda de las buenas intenciones paisajísticas puestas de manifiesto en similares tratados y posteriores convenciones.³ Durante la séptima Conferencia sobre Biodiversidad, celebrada en febrero de 2004 en Kuala Lumpur, Malasia, los países pobres expresaron su descontento por la ausencia de compromiso de los países ricos a la hora de financiar los programas de protección de la biodiversidad en zonas de Latinoamérica y del Sureste asiático y por el silencio sobre los derechos de propiedad intelectual de los indígenas sobre sus remedios curativos ancestrales. Las más recientes acusaciones de 20 premios Nobel al Gobierno de Bush-hijo de distorsionar los hechos científicos al servicio de sus objetivos políticos con acciones como la falsificación del consenso científico existente sobre el calentamiento global, la censura de informes sobre cambio climático y la manipulación de los descubrimientos sobre la emisión de mercurio en centrales eléctricas son síntomas de esa capitalización, una enfermedad que resiste gracias a la autoridad moral que le proporcionan los parámetros —hechos a su gusto— con que se mide el bienestar de las sociedades. De la

2 Citas y datos tomados del documento elaborado por el Secretariado de la Conferencia *Políticas de Paisaje y Ordenación del Territorio* organizada por el Gobierno de Canarias con la participación del Ministerio de Medio Ambiente, el Consejo de Europa y la UNESCO, y celebrada en Las Palmas de Gran Canaria los días 10 y 11 de diciembre de 2002 (Gobierno de Canarias).

3 La Primera Conferencia de los Estados contratantes y firmantes de la Convención de Florencia (Estrasburgo, noviembre de 2001), el Seminario Internacional sobre Patrimonio Paisajístico, Planificación Territorial y Desarrollo Sostenible (Lisboa, noviembre de 2001), la citada Conferencia de Responsables de Política Territorial y Medio Ambiente de las Comunidades Autónomas de España (Las Palmas de Gran Canaria, 10 y 11 de diciembre de 2002), el Foro Mundial Soria 21 sobre Comunicación y Desarrollo Sostenible (febrero de 2004).

engañososa apariencia de unos índices de riqueza que nada dicen de la pobreza que ocultan y que ignoran los costes ecológicos y sociales implícitos en el concepto mismo de desarrollo del modelo económico liberal conservador ha advertido el Nobel Amartya Sen en *Development as Freedom*.⁴

Es necesario un cambio en profundidad, paradigmático, que no se contente con dar “soluciones microfásicas a problemas macrofásicos” y que sustituya el antropocentrismo que domina en los diversos órdenes de la vida por una concepción de orientación espiritual y ecocéntrica del planeta. Así lo afirma el teólogo Thomas Berry, que considera que la actual crisis medioambiental “está tan profundamente arraigada [...] y que su] orden y magnitud [...] son [...] tan enormes y están tan extendidos [...] que] nunca antes la humanidad se había enfrentado a una situación que requiriera tal brusco y radical cambio de estilo de vida” (Sessions xx).⁵

Las circunstancias obligan y la conciencia ecológica del paisaje debe echar raíces desde la escuela, integrarse en la mentalidad de los pueblos y abrirse paso más allá de las instancias jurídicas, económicas y políticas, que tienden a dar soluciones inmediatas, de corto alcance, a problemas de gran envergadura, y que la mayoría de las veces camuflan la utilización abusiva de los medios humanos y naturales recurriendo a la panacea de la “sostenibilidad”. El “desarrollo sostenible” sirve tanto para un roto como para un descosido, pero crear bienestar y pretender sostenerlo con un crecimiento continuado es tan absurdo como querer conservar un mueble y a la vez alimentar la carcoma que lo corroe. En puridad, el “desarrollo sostenible” no existe, y ya va siendo hora de preocuparse de qué nivel de desarrollo se desea alcanzar y sobre qué actividades productivas fundamentarlo.⁶

No sólo de la tecnología, ni de la ciencia, que resuelven problemas de una manera puntual y pragmática, sino también del fomento del pensamiento crítico inspirado por el arte, la literatura o la filosofía debe esperarse la respuesta a los retos medioambientales contemporáneos y al logro del bienestar general. Al respecto valga señalar cómo el mismo Thomas Berry, junto a Brian Swimme, propone una mitología que sirva a este siglo que comienza de la misma manera que la historia cristiana o la historia del progreso sirvieron a siglos pasados. En la nueva *era ecozoica* que Berry y Swimme postulan, las gentes

4 Véanse Agencias, NYT y Vidal-Beneyto.

5 Las citas de las referencias en lenguas extranjeras son traducciones mías.

6 Sobre las consecuencias de conceder al *standard* de racionalidad de la ciencia preeminencia sobre otros modelos —filosóficos, religiosos, etc.— de concepción del mundo véanse los ensayos de Paul Feyerabend y Arne Naess (Feyerabend).

percibirán la tierra como una totalidad y a sí mismas como partes activas del sistema global en que se integran. “Esta historia de un nuevo universo emergente, entendido desde un inicio como sujeto de dimensión psíquica y espiritual, es [...] la encarnación de todo aquello que los seres humanos han experimentado en sus percepciones anteriores del universo. Ahora sentímos el asombro, no meramente de que estamos relacionados y de que intimamos con todo aquello que nos rodea, sino de que tenemos una relación de parentesco con cada ser del universo, especialmente con los seres vivos del planeta tierra” (Meeker 86).

Berry y Swimme observan que el moderno conocimiento científico se integra con maneras nuevas de comprender la política, la economía, la cooperación interracial e intercultural, las relaciones entre los sexos y el derecho de todas las criaturas y de los ecosistemas que constituyen, y la literatura, la teoría, la crítica y la historia literarias no deben permanecer al margen. Los problemas paisajísticos y medioambientales no sólo conciernen a la ciencia, a la tecnología, a la política, al derecho o a la economía, también son complejos asuntos de cultura que afectan a la religión, a la filosofía y, desde luego, a la literatura y a los estudios literarios. En la medida en que la literatura dice del mundo y, al decir de él, decide sus formalizaciones, la conciencia ecológica puede servir tanto de nutritivo abono para la creatividad literaria como de renovadora perspectiva para la especulación teórica, el comentario crítico y la investigación histórica.

En no otra conciencia que la ecológica se inspira Joseph Meeker a la hora de teorizar sobre los géneros literarios y explicar el declive de los valores trágicos y el auge de los valores cómicos. Las ideas sobre la existencia de un orden moral trascendente, la supremacía humana sobre la naturaleza o la importancia del individuo único e individual han sufrido los grandes reveses de la ciencia y la filosofía y han perdido su poder para excitar la imaginación (31). La tragedia es metafísica y en ella los problemas biológicos de supervivencia son irrelevantes. Es la comedia el género que mejor ilustra que la supervivencia depende de la capacidad del ser humano para aceptar limitaciones y de su habilidad para cambiar más que de su habilidad para cambiar el medio. La comedia contiene sabiduría ecológica y expresa estrategias de vida para intentar salvaguardar un lugar para los seres humanos entre los demás animales (21). Como ningún otro género, la comedia ha conseguido representar a los seres humanos como seres adaptativos, pues la comedia, como el juego, se enraíza en los procesos ecológicos de supervivencia.

Las propuestas de Berry y Swimme y las consideraciones de Joseph Meeker se enraízan en el pensamiento ecológico que anima la contemporaneidad y, haciéndose eco de sus inquietudes, han enriquecido la mitología y la teoría de

los géneros literarios. Y de la misma manera, el paisaje literario, que es un signo de los tiempos y un índice revelador de las inquietudes éticas y estéticas que han movido al ser humano en el devenir de su Historia, hoy se abre a la sensibilidad ecológica y a la nueva percepción del planeta como sistema de procesos entre sí ligados.

En el ámbito de las literaturas hispánicas, antes de que el paisaje se transformara de “párrergon” a “ergón”, de fondo a frontis, cuando en el siglo XVIII la descripción paisajística propiamente dicha se abrió camino con el conocimiento que Jovellanos, Meléndez Valdés, Viera y Clavijo, Mor de Fuentes, Cienfuegos y otros tuvieron de la “poesía descriptiva” de la Ilustración, antes de que continuara su evolución en la “poesía pintoresca romántica” y luego en la más compleja y refinada visión modernista del paisaje sobre la que Ricardo Senabre en diversas ocasiones ha llamado la atención, y mucho antes de su actual consideración ecológica, el paisaje estaba ahí manifestándose como signo de otros tiempos: como el fundamento de la alegoría con que en el medioevo Berceo canta las ideales virtudes virginales, como el lugar perfecto del platonismo renacentista que simpatiza con el amor del pastorcillo de las *Églogas* de Garcilaso o que con su pacífica soledad propicia la meditación de Fray Luis de León sobre aquel otro prado que los ojos ven en el cielo, “do vive mejorado / lo que es, lo que será, lo que ha pasado”. *La ciudad de Dios* agustiniana y el orden jerárquico de los seres que la habitan, los paisajes de la reconquista del *Poema de Mío Cid*, las menciones del amanecer en las *Jarchas*, las ensoñaciones del bucolismo, los escenarios maravillosos de las novelas bizantinas, el cálculo pragmático y mercantil que Cristóbal Colón aplica en su *Diario de a bordo* a la contemplación de un accidente geográfico, el tópico del *locus amoenus* en sus múltiples derivaciones, las utopías forman todos parte de la evolución de la descripción paisajística en cuanto tal evolución afecta tanto a los lugares a los que los textos literarios han prestado atención descriptiva como al tratamiento literario que tales lugares han tenido a lo largo del tiempo.⁷

Todo se entrelaza en la magia del paisaje literario que, en el ámbito del hispanismo, es el resultado de una sedimentación de siglos a uno y a otro lado del Atlántico pues, como afirma Unamuno, “desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y apartadas [...] tiene que convertirse en

7 Varios e interesantes artículos sobre paisajes que han sido hitos en la evolución de la descripción paisajística de la literatura española pueden consultarse en el Vol. I de Darío Villanueva y Fernando Cabo Aseguinolaza (eds.) y en M^{ra}. Ángeles Hermosilla, Federico Castro, M^{ra}. Luisa Calero y Elisa Povedano (eds.). Sobre la influencia del tren en el paisaje del arte y la literatura del realismo español véase Lily Litvak (ed.). Sobre la repercusión de la invención del automóvil en el turismo y la literatura de viajes véase Lawrence Culver.

la lengua española o hispánica, en cuya transformación tengan tanta participación unos como otros”. A la historia de esa sedimentación y al desarrollo de su fundamentación teórica desea contribuir este libro porque, como afirma Ortega, “es una vergüenza que no exista una historia del paisaje” (485). Y como la historia se hace desde el presente, e incluso del atisbo de futuros derroteros hoy incipientes, en este capítulo a modo de prólogo deseo poner de relieve cómo el conocimiento que el ser humano ha ido adquiriendo del planeta en una progresiva conciencia del vínculo sistémico entre la totalidad de los procesos que sobre su faz se desarrollan enriquece la descripción literaria del paisaje y aporta nuevas perspectivas a su estudio histórico y a sus análisis e interpretación críticos.

En “Calentamiento global” he señalado que a la par que la temperatura planetaria, y desde que en 1969 alguien puso el pie sobre la luna, la conciencia global no ha hecho sino incrementarse. La asombrosa tecnología de los satélites, de las telecomunicaciones y de la informática ha propiciado el desarrollo de la capacidad para observar y pensar sobre el planeta tierra en su conjunto, para entender la interdependencia de los procesos biológicos, sociales, económicos, políticos y culturales que en él tienen lugar, para facilitar el tránsito rápido entre lugares lejanos y para obtener de manera inmediata información sobre poblaciones remotas.

Hoy el ser humano dispone, en múltiples escalas de extrema precisión, de *imago mundis* de las que carecían *El Labyrintho* de Juan de Mena, *El Criticón* de Baltasar Gracián o *La Araucana* de Alonso de Ercilla, y la influencia de este hecho, como en otros momentos la invención del ferrocarril, del automóvil o del avión, no es banal. Ni la descripción paisajística ni su estudio pueden obviar que, en esta denominada era del *antropoceno*, como nunca antes, el hombre ha adquirido la conciencia de que la configuración de la Naturaleza depende de su actividad y de que la “otredad radical de la Naturaleza” a que Claudio Guillén ha aludido está en franco declive (Villanueva ed. 67).⁸

8 Sobre la degradación psíquica y espiritual a que contribuyen la consideración del planeta como una mera fuente de recursos para el consumo; el control industrial de los medios de comunicación, que inventan el mundo ilusorio que “vive” la humanidad; y la educación desvinculada de sus propósitos originarios y que se limita a preparar a los jóvenes para el mercado de trabajo de una sociedad industrial destructiva, véase “The Viable Human”, de Thomas Berry (Sessions 8-18). Sobre la superproducción de desechos, no sólo entendidos en la dimensión material que se manifiesta en los vertederos, sino también en la dimensión humana que se manifiesta en la creciente población sin medios de subsistencia y en la falta de espacio planetario para ubicarla, véase Zygmunt Barman.

Durante siglos Occidente se ha esforzado en separarse del mundo natural para explotarlo y construirse con él un inmenso monumento antropocéntrico. Frente a ese monumento, Christopher Hitt se pregunta si la otredad de la naturaleza podría ser teorizada de manera que se evite la oposición jerárquica binaria en la que se la incluye y en la que domina “la [...] enaltecida validación del sujeto perceptor [que es a lo que, por lo general] desde el siglo XVIII críticos y lectores [...] han prestado más atención” (606). Su respuesta es clara: en una era de lluvia ácida y vertidos de petróleo el sublime romántico es una estética moribunda pues la capacidad destructiva del hombre ya no se arredra ante la sublimidad de una tormenta oceánica. La antaño sublimidad de la naturaleza ha periclitado y, como concluye Hitt, “el `sublime posmoderno´ es la condición de ser abrumado por los amenazadores efectos de la tecnología, [y] la catástrofe ecológica se ha transformado en la nueva fuente de lo sublime [...] Lo sublime es [...] evocado no por los objetos naturales sino por su devastación [... y lo peor de todo] es que el peligro es verdaderamente real” (619).

En tal contexto es en Hispanoamérica donde se dan las condiciones de posibilidad propicias para la producción de una literatura ecológica. Así se desprende de la tipología que de dicha literatura Jorge Paredes y Benjamín McLean proponen y que enraízan en el neo-indigenismo americano. La situación de mestizaje, la mezcla de bases culturales y cosmológicas, el renacer de la conciencia cultural indígena explican el florecimiento de una literatura ecológica en Hispanoamérica que Paredes y McLean consideran representada por *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983), por las novelas *Dolor de patria* (1983), del salvadoreño José Rutilio Quezada, *La mujer habitada* (1988), *Sofía de los presagios* (1991) y *Waslala* (1996) de Gioconda Belli, *La loca de Gandoca* (1992) de Anacristina Rossi, *Mundo del fin del mundo* (1991) de Luis Sepúlveda, los libros de poemas *Árbol adentro* (1987) de Octavio Paz y *Canto cósmico* (1989) y *Los ovnis dorados* (1991) de Ernesto Cardenal, y los ensayos *Úselo y tírelo* (1996) y *Patas arriba. La escuela del mundo al revés* (1998) de Eduardo Galeano.

La tipología de Paredes y McLean descarta obras de la literatura española como *Los siete libros de la Diana* de Montemayor, la *Diana enamorada* de Gil Polo, *La Galatea* de Cervantes, la *Arcadia* de Lope de Vega y *Las Églogas* de Garcilaso pues en ellas “la Naturaleza [es] meramente [un] vehículo para exponer [las] filosofías humanistas de la belleza” (9). También la citada tipología excluye las representaciones de la naturaleza de las obras del Romanticismo español porque en ellas se perpetúa el “papel de amo [...] que el hombre [renacentista] se ha[bía] auto-otorgado en sus relaciones con los demás fenómenos naturales” (16). Sólo Miguel Delibes se salva, aunque parcialmente, de su criba, pues si bien Paredes y McLean consideran a Delibes “el

primer escritor ecologista de España” (8), a renglón seguido advierten que su ecologismo debe ser entroncado en una tradición diferente, la del ruralismo decimonónico que lo emparenta a Pereda y a Galdós, y también al más joven Julio Llamazares. El ruralismo español, como la novela de la tierra hispano-americana, no es ecologista, pues juega en Galdós y Pereda, si bien con propósitos opuestos, el papel de la barbarie frente a la civilización que Domingo Faustino Sarmiento postuló en *Facundo* y que, como sucede en *La Vorágine* de Rivera o en *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, muestra una visión negativa de lo natural, lo salvaje, lo irracional, frente al progreso de la civilización y de la ciudad moderna.

Muy distinta es la postura que adopta Nial Binns, que fija su atención en las vanguardias para descubrir en su canto a la técnica, a la velocidad, a la máquina, el agazapado anhelo de un entorno armónico del hombre con la naturaleza o el deseo de un paisaje urbano no hostil. Binns relee a Huidobro para desvelar la otra cara del creacionismo tecnológico y poético y sigue la recomendación de Parra de “darse el lujo de volver a leer *Altazor*, canto primero, versículos del 469 al 489 [pues esas veinte líneas bastan para no seguir pasando por alto su...] intención ecológica” (42). Con una orientación similar Binns relee a Neruda y destaca cómo después de la experimentación de los dos primeros tomos de *Residencia en la tierra* (1935) Neruda vuelve a la naturaleza americana con *Canto general* (1950) y señala que a partir de *Estravagario* (1958), y sin abandonar la temática política, la corriente social cede a la poesía “de la penumbra”, una poesía que mira al conjunto del siglo XX y denuncia la degradación ecológica del planeta. Así lo demuestran *Fin de mundo* (1969) y *2000* (1973), y en especial dos poemas titulados “Bomba” en los que la tierra sucumbe ante el poder nuclear, ante la industrialización extrema y la sobreexplotación de sus recursos y en los que el hombre se deshumaniza y los peces se visten “Con las escamas nucleares / Y adentro del agua infinita / En vez del frío original / Crecen los fuegos de la muerte” (472).

La intención ecológica de Huidobro pervive en Neruda y se revela de manera explícita en la *ecopoesía* de Nicanor Parra y ese trazado Huidobro-Neruda-Parra que Niall Binns delinea pone de manifiesto que a ambos lados del Atlántico hay rutas transitables, y no necesariamente indigenistas, para el ecologismo. De hecho, Miguel A. Pérez Abad percibe la deriva del compromiso social de los autores de la posguerra civil española hacia el compromiso ecológico cuando considera que el ruralismo de Delibes no hace del campo un lugar de ensueño o de evasión, ni es el correlato de la barbarie frente a la civilización que Domingo Faustino Sarmiento postuló, ni se debe a la alabanza de aldea y menosprecio de corte, ni es una extensión o una reedición del pensamiento de los autores del 98.

Y en efecto, la obra de Miguel Delibes no puede entenderse cabalmente sin el papel protagonista que en ella tiene la conciencia ecológica; él mismo así lo afirmó cuando a la luz de esa conciencia llevó a la Real Academia de la Lengua “una de las preocupaciones fundamentales, si no la principal, que ha inspirado, desde hace cinco lustros [su] carrera de escritor” en su discurso de ingreso leído el 25 de mayo de 1975. En ese discurso Delibes comenta cómo cuando escribió su novela *El camino*, “donde un muchachito, Daniel, el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad, algunos [lo] tacharon de reaccionario. No querían admitir que a lo que renunciaba Daniel, el Mochuelo, era a convertirse en cómplice de un progreso de dorada apariencia pero absolutamente irracional. Posteriormente [la oposición de Delibes] al sentido moderno del progreso y a las relaciones Hombre-Naturaleza se ha ido haciendo más acre y radical hasta abocar a [su] novela *Parábola del naufrago*, donde el poder del dinero y la organización –quintaesencia de este progreso– termina por convertir en borrego a un hombre sensible, mientras la Naturaleza mancillada, harta de servir de campo de experiencias a la química y la mecánica, se alza contra el hombre en abierta hostilidad” (15-16).

Y sin la conciencia ecológica tampoco puede entenderse cabalmente una novela de temática y estructura tan cinematográficas como *La traición de Rita Hayworth*, de Manuel Puig, en la que “no están más los árboles de peras que parecía más la selva, [...] ¿los árboles sienten algo? Y `no, no sienten nada´ [...] y papá no quería hacer cortar los árboles [...] y le pregunté si había llorado que tenía los ojos rojos y dijo que los hombres no lloran, que era de dormir” (80-81), ni tampoco *Volver al mundo*, de González Sáinz, en la que los frondosos olmos que han desaparecido del paisaje “no eran sólo la madera y la sombra sino también algo mucho más tangible y originario, [...] acompasaban el tiempo [...] como para decir o recordar algo que siendo siempre lo mismo [...] nunca acababan de decirlo de diferentes maneras” (478-479). Y qué decir del poema “El silbo de afirmación en la aldea” de Miguel Hernández, en el que el poeta se pregunta por el diseño del paisaje urbano, no con la simple melancolía del aldeano, sino con la compleja inquietud de quien de manera profunda se adentra en el sentido mismo de la vida del ser humano y del paisaje en que tal ser se configura: “Todo electricidad, todo presteza / eléctrica: la flor y la sonrisa, / el orden, la belleza, / la canción y la prisa. / Nada es por voluntad de ser, / por gana, / por vocación de ser. ¿Qué hacéis las cosas / de Dios aquí: la nube, la manzana, / el borrico, las piedras y las rosas?” (67).

Y no otra luz que esta emergente conciencia puede iluminar las razones que han llevado al Premio Nobel de Literatura de 2003, J. M. Coetzee, a

publicar dos conferencias, una sobre los animales en la filosofía y otra sobre los animales en la poesía, camuflándolas de novela. En *Las vidas de los animales* Coetzee se pregunta por qué no es atroz matar y devorar cochinitos “si es atroz matar y devorar bebés humanos” (78) y de esta provocativa manera cuestiona la discontinuidad que Descartes observó entre los humanos y los animales y vincula la historia de los derechos de los animales con la historia de los derechos humanos, pues “la preocupación por los animales es, históricamente, una ramificación de otras preocupaciones filantrópicas más amplias, como las que tienen por objeto la suerte de los esclavos y de los niños, entre otros” (86).

En el largo trecho que conduce al pensamiento ecológico y que es, en gran medida, consecuencia de las paupérrimas condiciones medioambientales que el ser humano es hoy con gran precisión capaz de describir, medir y proyectar hacia el futuro, George Sessions destaca tres grandes oportunidades históricas que Occidente no ha sabido aprovechar para abandonar el camino de la “desviación antropocéntrica” y volver al ecocentrismo presocrático.

Del medioevo cita Sessions las palabras con que el filósofo judío Maimónides manifiesta en el siglo XII que el mundo era bueno antes de que el hombre fuera creado y con las que advierte que no se debería creer que “los demás seres existen en beneficio de la existencia del hombre, al contrario, todos los demás seres también han sido creados en razón de sí mismos y no para el beneficio de alguien más”. También en referencia a la Edad Media suscribe Sessions las palabras con que Lynn White señala que San Francisco de Asís en el siglo XIII intentó socavar la concepción antropocéntrica cristiana del mundo mediante “el derrocamiento de la monarquía del hombre en la creación, el establecimiento de una democracia para todas las criaturas de Dios [...] la sustitución de la idea del poder ilimitado del hombre sobre la creación por la idea de la igualdad de todas las criaturas, incluyendo al hombre” (Sessions 160).

Tras el fracaso del pensamiento franciscano, la segunda gran oportunidad para el ecocentrismo la encuentra Sessions en el siglo XVII, en el sistema filosófico de Spinoza que, con su metafísica panteísta, intentó resacralizar el mundo mediante la identificación de Dios con la Naturaleza. Y aunque a partir del siglo XVIII el movimiento romántico resultó ser la fuerza contracultural más fuerte que hablaba en favor de la Naturaleza y lo salvaje y contra el entusiasmo acrítico de las revoluciones científica e industrial, y aunque Rousseau recordara que el hombre se había olvidado de la moralidad y virtudes asociadas al “hombre natural”, la tercera oportunidad para el ecocentrismo la sitúa Sessions en una serie de autores y textos del siglo XIX.

El pensamiento de Parson Thomas Malthus no era ecológico ni se preocupó nunca por el impacto de la población en otras especies, pero John Stuart Mill, que había leído a Malthus y su tesis de que el crecimiento exponencial de la población iba a producir la miseria general a causa de la falta de materias primas, en el libro IV de su *Of the Principles of Political Economy*, creyó imprescindible mantener la sociedad en un estado estacionario que reemplazara el continuo crecimiento de la población y del desarrollo industrial.⁹ Junto a Mill, Sessions destaca las figuras de Henry David Thoreau y su *Walden* (1854), George Perkins Marsh y su *Man and Nature* (1864), John Muir y George Santayana, que reivindicó la figura de Walt Whitman, el único escritor estadounidense que extendió los principios democráticos “a los animales, a la naturaleza inanimada, al cosmos en su conjunto [en una suerte de panteísmo que, a diferencia del de Spinoza], no era intelectual, [sino] perezoso y autoindulgente” (Sessions 167). Desde entonces hasta el presente, Sessions destaca como hitos del ecocentrismo las figuras de Bertrand Russel, Aldous Huxley y otros hasta llegar a la revolución ecológica de los años sesenta del pasado siglo y al pensamiento de la ecología profunda del filósofo noruego Arne Naess.¹⁰

El fracaso de San Francisco permitió que “el antropocentrismo judeocristiano se perpetuara en los sistemas filosóficos de Bacon, Descartes y Leibniz y se combinara y reforzara con el humanismo antropocéntrico del Renacimiento [...] y que el] humanismo renacentista [...] continuara con los filósofos de la Ilustración y en el siglo XX con Karl Marx, John Dewey y el existencialismo humanista de Jean-Paul Sartre” (Sessions 160-161). A pesar de su panteísmo, Spinoza tuvo de la vida salvaje la visión utilitaria propia de la Europa del siglo XVII que, como señala Schopenhauer, es una actitud anómala, pues declarar a los animales “como meras cosas para nuestro uso [...] sin derechos [y a la misma vez sostener una visión panteísta de la Naturaleza] es al mismo tiempo absurdo y abominable” (Sessions 163). Y la ciencia moderna, que permitió rescatar la cosmología no antropocéntrica presocrática, primero en la astronomía, con el heliocentrismo, la infinidad del universo y la evolución cósmica, y luego en la biología, con la evolución darwinista, no logró erradicar la matriz antropocéntrica del cristianismo y del humanismo que inspiran su propósito de dominar y conquistar la Naturaleza. Como afirma

9 Para un recorrido más detallado sobre éstas y otras figuras relevantes del movimiento ecologista véase Sessions (169-179).

10 Sobre las contradicciones de la metafísica de Spinoza en relación con el pensamiento ecológico y la consideración que el filósofo tuvo de los animales véanse los textos de Schopenhauer citados por Sessions (Sessions 156-183), la polémica entre Arne Naess (2001) y Genevieve Lloyd (2001), y el comentario de K. L. F. Houle (2001).

Lynne White, “a pesar de Copérnico, todo el cosmos rota alrededor de nuestro pequeño globo. A pesar de Darwin, no somos, en nuestros corazones, parte del proceso natural. Somos superiores a la naturaleza, despectivos con ella, y estamos prestos a usarla para satisfacer nuestro más trivial capricho” (Sessions 162).

Sin menoscabo de los hitos, las figuras y los textos señalados por Sessions, es posible volver al pasado para descubrir significados ecocéntricos latentes en otros hitos, figuras y textos, incluso en aquéllos que han sido descritos como eminentemente antropocéntricos. Y es posible porque la situación medioambiental y la manera contemporánea de mirar el paisaje impiden olvidar la existencia de Copérnico y Darwin. Y también lo es porque el significado de una obra ni es fijo ni está situado de manera exclusiva en los textos, en la intención del autor o en el capricho de los intérpretes, pues toda gran obra se adapta a lo inesperado y *crece* en significado. Así lo afirman Gary Saul Morson y Caryl Emerson al glosar la idea bakhtiniana de que los autores no sólo dotan sus obras de un significado intencional sino también de “significados ‘potenciales’ para circunstancias imprevistas” (286).

Con el aval de esta potencialidad, traigo a colación la oportunidad que para el pensamiento ecologista supuso el vínculo que el regeneracionismo estableció en la España del siglo XIX entre el conocimiento de la geografía y el renacimiento material y espiritual del país. Los regeneracionistas entendieron que el fundamento de la regeneración no podía encontrarse en la noción que el vulgo posee de la tierra patria, que es “errónea y confusa, deplorablemente optimista, preñada de leyendas desatinadas, llena de preocupaciones y de juicios arbitrarios” (1895: viii), sino, como afirmaba Macías Picavea, en “el primer elemento de la nación, [en el] asiento y raíz de su naturaleza física, [...en] el territorio: por eso la geografía es [...] la ciencia primera nacional” (1979: 47).

La geografía llevará a los regeneracionistas a condensar su ideario en dos ámbitos de actuación muy concretos: política hidráulica y educación. De la primera dependerá la reorganización material del territorio para el mejor aprovechamiento económico de sus posibilidades, de la segunda el resurgimiento intelectual y moral de sus habitantes. Por imperativo del paisaje español, el lugar preeminente que se había venido reservando para políticos y militares en el gobierno de la nación debía ser ocupado por ingenieros y maestros.¹¹

El hecho de que Joaquín Costa dedique los dos primeros capítulos de *El arbolado y la patria* a llamar la atención de manera genérica sobre la importancia

11 Sobre la geografía y el regeneracionismo véase Josefina Gómez Mendoza y Nicolás Ortega Cantero.

de la repoblación forestal y a exaltar el papel del arbolado como el verdadero regulador de la vida y, en los capítulos siguientes, trate de manera exhaustiva las condiciones económicas de la explotación de diversos cultivos: el almendro, el manzano, la higuera, el naranjo, el castaño y el nogal, la encina, pone de manifiesto que, en su visión del paisaje español, el regeneracionismo entrelaza lo material y lo espiritual sobre un territorio que es entendido como un organismo vivo del cual materia y espíritu son sus funciones vitales, pero, al mismo tiempo, no mira al planeta Tierra en su totalidad, ni lo entiende como un ecosistema. La impresión holística de las primeras páginas del libro de Costa pronto cede a la consideración patriótica y mercantilista de las páginas posteriores de tal manera que, a la postre, más que el cultivo de frutales en coexistencia armónica con el hombre se promueve el cultivo del arbolado para el hombre en el marco de una Naturaleza que está ahí como una fuente de recursos a la que hay que explotar con el mejor aprovechamiento.

La fuerte impronta mercantilista y patriótica del regeneracionismo aleja su hallazgo de la geografía de la visión de conjunto del planeta como ecosistema y de la consecuente y fundamental reivindicación de la Naturaleza (con el hombre como miembro de ella) que le es concomitante. De hecho, del patriotismo regeneracionista surgirá en el 98 el paisaje de Castilla como expresión simbólica de España y, a la larga, y como reacción a su hegemonía estética e ideológica, la atomización del patriotismo en la pléyade de nacionalismos que hoy exaltan los paisajes de las autonomías y que, valga la caricatura, pueden acabar atomizándose aún más en patriotismos de provincia, municipio, ciudad capitalina, pueblo, barrio, calle o domicilio.

Al margen de estas pugnas, pero plenamente imbuido del pensamiento regeneracionista y del sentido positivista del progreso que en él late, valga traer a colación la figura de Francisco González Díaz. Como los regeneracionistas, González Díaz entendió que el conocimiento de la geografía era la clave para la renovación material y espiritual del lugar que le tocó habitar. En la explotación de la industria del turismo, en la renovación de la política educativa, en la repoblación forestal y en la conservación de las manifestaciones típicas de la cultura popular cifró González Díaz la regeneración de las Islas Canarias.¹² Pero el patriotismo de González Díaz, aunque inmediatamente volcado en Canarias y en España, nunca perdió su carácter ecuménico, universal, inspirado en el amor a la patria primera, la Naturaleza. El suyo fue un patriotismo propio de quien “sobre una roca perdida en el mar, [...muy lejos de] las apasionadas

12 Sobre Francisco González Díaz, la ecocrítica y el hispanismo, véase Marrero Hentíquez (2001-2003, 2005).

beligerancias [que...] fomentan el fuego del odio en nombre de abstracciones indefinibles, [...] libre de intransigencias, de prejuicios, de rencores, de acerbidades, [...] guarda la posición de observador emocionado, la única [...] loable [que no le impide...] ver bien a la derecha y a la izquierda, al frente y a la espalda, [...mirar, explorar, comentar y rehuir] el peligro de afirmaciones absolutas” (1916, 4).¹³

De la misma manera que la sensibilidad ecológica pone de relieve cómo el entendimiento holístico del paisaje de González Díaz enriqueció el pensamiento regeneracionista sobre la geografía y algunos de los motivos por los que es una figura cuya obra merece la pena que sea rescatada del olvido, tal sensibilidad puede también servir para descubrir cómo un texto antropocéntrico por antonomasia y tan institucional como el *Catecismo de la iglesia católica* que Juan Pablo II aprobó el 25 de junio de 1992 admite el derecho de todas las criaturas y de los ecosistemas que constituyen al señalar que “*la interdependencia de las criaturas es querida por Dios, [...que] el sol y la luna, el cedro y la florecilla, el águila y el gorrión [...] no existen sino en dependencia uno[s] de otro[s], para complementarse y servirse mutuamente [y que] la belleza del universo [y] el orden y armonía del mundo creado derivan de la diversidad de los seres y de las relaciones que entre ellos existen*” (VV. AA. 83).

La cita del *Catecismo* no es fruto de la casualidad. En la carta encíclica *Centesimus annus* que Juan Pablo II había publicado un año antes, en 1991, Joaquim Cerqueira Gonçalves entiende que, en lo que concierne a desequilibrios ambientales, la iglesia católica ya había tomado conciencia, y lo demuestra al transcribir palabras con las que la epístola critica el “problema del consumismo [...al que está ligada] la cuestión ecológica [...], la destrucción irracional del ambiente natural [...] y del ambiente humano [...] y la falta de compromiso] para salvaguardar las condiciones morales de la auténtica ecología [y con las que advierte que] es necesaria [...] y urgente una gran obra educativa y cultural” (210).

Valga también señalar que con la nueva sensibilidad un paisaje bíblico puede ser releído *ad hoc* y recuperado para la reflexión ecológica. Váyase al primero de los escenarios, el de la Creación del hombre y el universo, y compruébese que de él domina la versión que cuenta que cuando Yavé Dios hizo la tierra y los cielos modeló al hombre en arcilla y lo insufló de ánimo al soplar sobre él, que después Yavé lo hizo dormir profundamente y de una costilla creó a la mujer, que luego, seducida por la serpiente, lo incitaría a

13 Sobre los vínculos de naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII, véase Glacken. Sobre la influencia del turismo en la descripción paisajística de Canarias véase Marrero Henríquez (2004).

comer del árbol prohibido (2.7, 21-22; 3. 1-7, 12-16). En esta versión del *Génesis* la mujer es el origen de la expulsión del Jardín del Edén y su naturaleza engañosa queda acuñada como moneda común por los siglos de los siglos. Pero hay otra versión de la creación del universo y del hombre, la que abre la *Biblia* y ha quedado postergada en el conocimiento popular. En ella Dios crea un solo ser humano, macho y hembra: “Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra” (1.27).

Y si bien Dios puso al ser humano por encima de los demás seres del cielo, del mar y de la tierra, tal hecho no justifica la arrogancia con que el hombre se conduce frente a los animales pues en esta primera versión de la Creación el alimento que Yavé da al hombre y a la mujer es el mismo que el que da a los animales: “Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento. También a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los vivientes que sobre la tierra están y se mueven les doy para comida cuanto de verde hierba la tierra produce. Y así fue” (1.29-30).

Poco citada, esta versión refuerza un escenario cuya cimentación ha tardado muchísimo en construirse y que se fundamenta en la igualdad de los sexos y en la fraternidad de todos los seres vivos. Esa suerte de hermandad franciscana entre el ser humano y el resto de la creación puede servir no sólo para incrementar la conciencia de la responsabilidad que el hombre tiene con el planeta sino también para analizar críticamente el tratamiento que en la literatura se le ha dado a la naturaleza y a los seres que en ella habitan.

La conciencia ecológica es una de entre las muchas perspectivas con que acercarse al paisaje literario, y si bien es cierto que como ninguna otra se debe a la sensibilidad del momento, también lo es que una vasta tradición la ampara. La atención que al paisaje prestan hoy las políticas nacionales europeas se debe tanto a la situación material anunciada en las advertencias que grupos ecologistas, naturalistas y científicos divulgaron en los años sesenta y setenta del pasado siglo y que han demostrado no ser ni descabelladas ni alarmistas, como a una tradición que es rastreable hasta el origen mismo de la cultura: en términos recientes, desde el Manifiesto de Roma, desde que se consideran hechos científicos el deshielo polar, el efecto invernadero, el cambio climático, la reducción de la capa de ozono, la deforestación y la desaparición de especies; en términos inmediatos desde que al final de la Segunda Guerra Mundial las bombas atómicas hacen añicos la sólida fe decimonónica en los avances científicos y tecnológicos; en términos mediatos, desde que Thomas Robert Malthus introduce en la primera economía política el problema de la diferencia entre el incremento demográfico y el de las reservas alimenticias y

Charles Darwin sus teorías sobre el principio de supervivencia y el origen de las especies; y en términos remotos desde que aparecen las ideas sobre la Tierra como planeta diseñado para el hombre, sobre la influencia del medio ambiente y sobre el hombre como agente geográfico, ideas que se hallan en los primeros textos mitológicos, teológicos y filosóficos, en las primeras fuentes del saber farmacéutico y médico, y en las primeras observaciones del tiempo y de las actividades y destrezas de la vida cotidiana, el cultivo, el tejido, la carpintería.

Muy lejos ya de la *hipotiposis* de la naturaleza, o del topos retórico que da lugar al *locus amoenus* en la forma breve de la *enumeratio* o en la forma prolíja de la *descriptio*, el paisaje, sin dejar de ser un elemento retórico, sin dejar de ser lo que ha sido, es lo que ha ido siendo y lo que va siendo con el temor de la sublimidad posmoderna que hoy enriquece con nuevos sustratos día a día su magia literaria. A esa magia es mi deseo que las páginas de este libro contribuyan porque los pasajes y los paisajes no sólo son espacios de evasión o meros motivos literarios o artísticos sino también seres biológicos y exigencias de futuro.

REFERENCIAS

- Agencias. "Descontento de los países pobres en la conferencia sobre la biodiversidad". *El País* (14 febrero 2004): 37.
- Agustín, San. *La ciudad de Dios*. Barcelona: Alma Mater, 1953-1958.
- Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Belli, Gioconda. *La mujer habitada*. Barcelona: Emecé, 1996.
- . *Sofía de los presagios*. Tafalla: Txalaparta, 1996.
- . *Waslala*. Barcelona: Emecé, 1996.
- Binns, Nial. "¿Puro Chile, es tu cielo azulado? Poesía ecologista en la delgada patria (Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Nicanor Parra)". *Ixquic* 2 (agosto 2000): 38-54.
- Cerqueira Gonçalves, Joaquín. "Cosmología". *Manual de filosofía franciscana*. Merino, José Antonio y Francisco Martínez Fresneda (coords.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2004, 209-248.
- Cardenal, Ernesto. *Canto cósmico*. Managua: Nueva Nicaragua, 1989.
- . *Los ovis de oro. Poemas indios*. Managua: Ediciones Nicarao, 1991.

- Cervantes Saavedra, Miguel de. *La Galatea*. López Estrada, Francisco y M. T. López García-Berdoy, Madrid: Cátedra, 1995.
- . *Persiles y Sigismunda*. Madrid: Turner, 1993.
- Coetzee, J. M. *Las vidas de los animales*. Barcelona: Mondadori, 2001.
- Colón, Cristóbal. *Diario de a bordo*. Arranz, Luis (ed.). Madrid: Historia 16, 1991.
- Costa, Joaquín. *El arbolado y la patria*. <http://www.cervantesvirtual.com>.
- Culver, Lawrence. "The Literature of 'Tourism and Its Discontents'". *Readings Under the Sign of Nature. New Essays in Ecocriticism*. Tallmadge, John, and Henry Harrington (eds.). Salt Lake City: The University of Utah Press, 2000, 36-48.
- Delibes, Miguel. *El mundo en la agonía*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1988.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Morínigo, Marcos A. e Isaías Lerner (eds.). Madrid: Castalia, 1987.
- Feyerabend, Paul y Arne Naess. *El mito de la ciencia y su papel en la sociedad. ¿Por qué no ciencia también para anarquistas?* Valencia: Teorema, 1979.
- Galeano, Eduardo. *Úselo y tírelo*. Barcelona: Planeta, 1997.
- . *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. México: Siglo XXI, 1998.
- Garcilaso, El Inca. *La utopía incaica*. Barcelona: Salvat, 1986.
- Garcilaso de la Vega. *Obras completas*. Rivers, Elías L. (ed.). Madrid: Castalia, 1968.
- García Gómez, Emilio. *Las jarchas romances de la serie árabe en su marco*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.
- Gil Polo, Gaspar. *Diana Enamorada*. López Estrada, Francisco (ed.). Madrid: Castalia, 1987.
- Glacken, Clarence J. *Huellas en la playa de Rodas*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1996.
- Gobierno de Canarias. *Políticas de paisaje y ordenación del territorio (10 y 11 de diciembre de 2002)*. Las Palmas de Gran Canaria: Gobierno de Canarias, 2002.
- Gómez Mendoza, Josefina y Nicolás Ortega Cantero. "Geografía y regeneracionismo en España (1875-1936)". *Sistema* 77 (1987): 77-89.
- González Díaz, Francisco. *Árboles (una campaña periodística)*. Las Palmas: Tipografía del "Diario", 1906.
- . *Cultura y turismo*. Las Palmas de Gran Canaria: Tipografía del "Diario", 1910.

- González Sáinz, J. Á. *Volver al mundo*. Barcelona: Anagrama, 2003.
- Gracián, Baltasar. *El Criticón*. Barcelona: Ediciones Orbis, 1983.
- Hermosilla, M^a. Ángeles, Federico Castro, M^a. Luisa Calero y Elisa Povedano (eds.). *Visiones del paisaje*. Priego: Universidad de Córdoba, 1999.
- Hernández, Miguel. *La savia sin otoño. Antología poética*. Luis, Leopoldo de (ed.). Barcelona: Círculo de Lectores, 1992.
- Hitt, Christopher. "Toward an Ecological Sublime". *New Literary History* 30.3 (1999): 603-623.
- Houle, K. L. M. "Spinoza and Ecology Revisited". *Spinoza. Critical Assessments*. Vol. IV. Lloyd, Genevieve (ed.). London and New York: Routledge, 2001, 355-370.
- Huidobro, Vicente. *Obras completas. Tomo I*. Santiago: Zig-Zag 1964.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de. *Obras completas*. Caso González, José Miguel ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- León, Fray Luis de. *Poesía original*. Cuenca: Ediciones del Ayuntamiento de Cuenca, 1991. Hilario Priego y José Antonio Silva eds.
- Litvak, Lily (ed.). *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del realismo (1849-1918)*. Barcelona: Serbal, 1991.
- Llamazares, Julio. *La lluvia amarilla*. Barcelona: Seix Barral, 1988.
- Lloyd, Genevieve. "'Spinoza's Environmental Ethics". *Spinoza. Critical Assessments*. Vol. IV. Lloyd, Genevieve (ed.). London and New York: Routledge, 2001, 326-343.
- Lope de Vega y Carpio, Félix. *Arcadía*. Morby, Edwin S. (ed.). Madrid: Castalia, 1975.
- Macías Picavea, Ricardo. *Geografía elemental. Compendio didáctico y razonado*. Valladolid: Establecimiento Tipográfico de H. de J. Pastor, 1895.
- . *El problema nacional*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1979.
- Marrero Henríquez, José Manuel. "El desarrollo insostenible". *La Provincia*, suplemento *Cultura* 673 (20 diciembre 2001): 44.
- . "De ecocrítica e hispanismo, y de Francisco González Díaz, apóstol del arbolado modernista". *Tropelías* 12 (2001-2003): 293-312.
- . "Del turista textual al lector ecológico". *Paisajes del placer, paisajes de la crisis*. Santa Ana, Mariano de (ed.). Lanzarote: Fundación César Manrique, 2004.

- . “Calentamiento global”. *Interculturalidad, insularidad, globalización*. Ríos, Félix (ed.). Actas del XI Congreso Internacional de Semiótica, 3-5 de noviembre de 2004. La Laguna: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, (en preparación).
- . “Francisco González Díaz: regeneración cultural, repoblación forestal y ecología”. González Díaz, Francisco. *Árboles. Una campaña periodística*. Marrero Henríquez, José Manuel (ed.). Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 2005.
- Meeker, Joseph W. *The Comedy of Survival. Literary Ecology and a Play Ethic*. Tucson: The University of Arizona Press, 1997.
- Meléndez Valdés, Juan. *Obras completas*. Palacios Fernández, Emilio (ed). Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 1996.
- Mena, Juan de. *Obras completas*. Gómez Moreno, Ángel y Teresa Jiménez Calvente eds. Madrid: Turner, 1994.
- Menchú, Rigoberta. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. Burgos, Elizabeth (ed.). México: Siglo XXI, 1998.
- Morson, Gary Saul and Caryl Emerson. *Mikhail Bakhtin. Creation of a Prosaics*. Stanford: Stanford University Press, 1990.
- Naess, Arne. “Spinoza and Ecology”. *Spinoza. Critical Assessments*. Vol. IV. Lloyd, Genevieve (ed.). London and New York: Routledge, 2001, 319-325.
- . “Environmental Ethics and Spinoza’s Ethics. Comments on Genevieves Lloyd’s Article”. *Spinoza. Critical Assessments*. Vol. IV. Lloyd, Genevieve (ed.). London and New York: Routledge, 2001, 344-354.
- Neruda, Pablo. *Obras Completas. III. Pablo Neruda. De Arte de pájaros a El mar y las campanas. 1966-1973*. Loyola, Hernán (ed.). Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2000.
- NYT. “20 premios Nobel acusan a Bush de distorsionar la ciencia con fines políticos”. *El País* (20 febrero 2004).
- Ortega y Gasset, José. *Obras completas*. Vol. VI. Madrid: Revista de Occidente, 1961.
- Paredes, Jorge y Benjamín McLean. “Hacia una tipología de la literatura ecologista en el mundo hispano”. *Ixquic* 2 (2000): 1-37.
- Parra, Nicanor. *Poemas para combatir la calvicie*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Paz, Octavio. *Árbol adentro*. Barcelona: Seix Barral, 1987.
- Pereda, José María. *Peñas arriba*. Madrid: Espasa-Calpe, 1984.

- Pérez Abad, Miguel A. "Miguel Delibes: ¿El primer verde? Una lectura ecocrítica de su obra". *Isquic* 2 (agosto 2000): 124-147.
- Pérez Galdós, Benito. *Doña Perfecta*. Cardona, Rodolfo (ed.). Madrid: Cátedra, 1995.
- Poema de Mío Cid*. Smith, Colin (ed.). Madrid: Ediciones Cátedra, 1982.
- Puig, Manuel. *La traición de Rita Hayworth*. Barcelona: Seix Barral, 1981.
- Quezada, José Rutilio. *Dolor de patria*. El Salvador: Roxsil, 1992.
- Rossi, Anacristina. *La loca de Gandoca*. San José de Costa Rica: EDUCA, 2000.
- Sagrada Biblia*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1974.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo: civilización y barbarie*. Zanetti, Susana (ed.). Madrid: Alianza, 1988.
- Sepúlveda, Luis. *Mundo del fin del mundo*. Barcelona: Tusquets, 2001.
- Senabre, Ricardo. "Tema y modulaciones en la poesía de Antonio Machado". AA.VV. *Antonio Machado, hoy*. Vol. I. Sevilla: Alfar, 1990, 59-70.
- . "Sobre la técnica paisajística de Azorín". Cuadernos del Lazarillo 14 (1998): 10-14.
- . "Azorín, paisajista". *Capítulos de historia de la lengua literaria*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998, 169-176.
- . "La transfiguración del paisaje castellano en la poesía de Antonio Machado". *Castilla y León ante el 98*. Velarde Fuertes, Juan y Emilio de Diego García (eds.). Madrid: Junta de Castilla y León, 1999, 275-282.
- Sen, Amartya. *Development as Freedom*. New York: Anchor Books/Doubleday, 2000.
- Sessions, George (ed.). *Deep Ecology for the 21st. Century*. Boston and London: Shambhala, 1995.
- Swimme, Brian y Thomas Berry. *The Universe Story: From the Primordial Flaring-Forth to the Ecozoic Era*. San Francisco: HarperCollins, 1992.
- Unamuno, Miguel de. "Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana". *Ensayos*. Madrid: Residencia de Estudiantes, 1918.
- Vidal-Beneyto, José. "Las cuentas secuestradas". *El País* (14 febrero 2004): 2.
- Villanueva, Darío y Fernando Cabo Aseguinolaza (eds.). *Paisaje, juego y multilingüismo*. Actas del X Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada. 2 Vols. Santiago de Compostela: Universidad-Consortio de Santiago de Compostela, 1996.
- VV. AA. *Catecismo de la Iglesia Católica*. Barcelona: Asociación de Editores del Catecismo, 1992.